

Pocos intelectuales han dedicado en su vida tanto tiempo a la educación y a las bibliotecas como el mexicano José Vasconcelos (1881-1959). El 20 de noviembre de 2000, una semana antes de cumplir 54 años, la Biblioteca de México, que él fundara en 1946, pasó a llamarse, con toda justicia, Biblioteca de México José Vasconcelos, en reconocimiento al hombre que no solo la ideó y creó, sino que la impulsó personalmente, dirigiéndola hasta su muerte.



José Vasconcelos: de la biblioteca al Cielo

Ángel Esteban

En la ceremonia de aquel 20 de noviembre de 2000, en presencia del Presidente mexicano Ernesto Zedillo y de los tres hijos del escritor-bibliotecario, el ensayista Enrique Krauze le dirigió palabras como éstas: Es un buen signo de estos tiempos democráticos el que festejemos la Revolución Mexicana no por sus ejércitos y balas sino por sus maestros y sus libros. Y es mejor augurio el que converjan entre libros las palabras México y Vasconcelos: “Aquí hay, mexicanos —dijo en su conferencia inaugural—, albergue seguro y sereno para esos seres de espíritu que son los libros, almas silenciosas que en cada lector resucitan con variedad nunca agotada.”

En efecto, la importancia de los libros para las vidas de las personas fue puesta de manifiesto muy pronto por el escritor mexicano. En su novela *Ulises criollo* (1935), de carácter autobiográfico, recordaba con fervor sus primeras incursiones en la biblioteca de Campeche, cuando era muy pequeño, a la que accedía con el entusiasmo del creyente que pisa un lugar sagrado lleno de actividad espiritual: “Entraba en ella con emoción parecida a la que me producían las iglesias (...). El relente de los viejos infolios sugería incienso, y la manera de ensanchar el alma de los libros se parecía al despliegue de la oración”. Por eso, cuando llegó a dirigir en 1946 la recién creada biblioteca, dijo en el discurso de apertura: “Mis

tesoros liberan”, como la oración libera el espíritu. En ese mismo discurso, además de apelar a posibles donantes de libros y trazar un ambicioso plan de adquisiciones y suscripciones para mantener viva la institución, advertía sobre los riesgos de una sociedad de “parias”, esto es, sin libros ni lectores. Quizá por esa actitud, abiertamente educativa e intelectual, entregada a la enseñanza y la política cultural en todos los niveles, Octavio Paz llegó a decir de él que fue “el mexicano mayor del siglo XX”, frase que honra al que la dice (Premio Nobel de Literatura), y que hace pensar en la estatura moral de un personaje que fue coetáneo de Juan Rulfo, Diego Rivera, Frida Kalho, Agustín Lara, Carlos Chávez, Alfonso Reyes, Pancho Villa o Emiliano Zapata.

José Vasconcelos nació en Oaxaca en 1882, y se licenció en Derecho en 1907. Dos años más tarde fundó con otros jóvenes el Ateneo de México, con unas críticas de gran profundidad a los excesos de la educación positivista impuesta por Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública en los últimos años del porfiriato. Por ejemplo, los jóvenes del Ateneo

poco tiempo en el poder. Cuando Huerta triunfa con su alzamiento, Vasconcelos se exilia a los Estados Unidos, y allí prepara el terreno para el triunfo de Carranza. Son años de idas y venidas, de acción política en pro de la educación del país (es nombrado ministro de Instrucción Pública en alguna ocasión) combinada con exilios indomables.

Y comienza la década de los veinte con su nombramiento como rector de la Universidad Nacional, con la acuñación del escudo que la UNAM ostenta hasta la fecha, adornado con la leyenda “Por mi Raza Hablará el Espíritu”. Después de reorganizar inteligentemente la estructura de la universidad, fue nombrado secretario de Instrucción Pública, y desde ahí comenzó un excelente proyecto de difusión cultural, con programas de instrucción popular a todos los niveles y hasta los rincones más recónditos del país, edición de libros, apoyo a bibliotecas y promoción del arte y la lectura literaria. Hizo de los maestros rurales un ejército de educación primaria comprometido, editó masivamente las obras fundamentales del pensamiento universal e inició un estimulante

En su novela Ulises criollo (1935), de carácter autobiográfico, recordaba con fervor sus primeras incursiones en la biblioteca, a la que accedía con el entusiasmo del creyente que pisa un lugar sagrado lleno de actividad espiritual.

ponían el índice en el determinismo y mecanicismo del positivismo de Comte y de Spencer, y más en concreto en el biologismo racista, acuciando a los gobernantes para solucionar el problema de los costos de los ajustes sociales generados por grandes procesos de cambio como la industrialización o la concentración urbana. Frente a todo ello, los ateneístas propugnaban la libertad de cátedra, de pensamiento y, de un modo especial, la reafirmación de los valores culturales, éticos y estéticos en los que América Latina emergió como realidad social y política, ya que el porfiriato había introducido modas francesas, alemanas y estadounidenses para alcanzar mejoras sociales y económicas.

Esa preocupación por la autoctonía en temas de educación y políticas sociales, llevó a Vasconcelos a unirse al proyecto de Madero, en 1909, para derrocar a Díaz en las elecciones del año siguiente. Al concluir el proceso electoral con un escandaloso fraude, Madero prepara un golpe, y Vasconcelos recupera y pone en circulación un lema acuñado por el primer porfiriato, “Sufragio Efectivo, No Reelección”, que ha continuado hasta la fecha como rúbrica de los documentos oficiales signados por funcionarios del gobierno federal mexicano. Pero Madero dura muy

intercambio de estudiantes con los de otros países como Argentina, Brasil, Colombia y Perú. Asimismo, apoyó a los grandes artistas para que no se fueran del país, como es el caso de Siqueiros, Orozco o Rivera, que han sembrado México de murales de un valor incalculable. Su estatura política y su ilusión por sacar a México del limbo educativo y cultural le llevó a presentarse como candidato a las elecciones presidenciales de 1929, pero fracasó al contar solo con el apoyo de un 1% de los votantes, que se entregaron masivamente a la causa de Ortiz Rubio, el cual tenía todo el apoyo de las instituciones y que en muchos casos ejerció la violencia contra los seguidores del escritor.

No obstante, su ímpetu regenerador no conoció límites. Se empeñó asimismo, antes de su debacle política, en la construcción o remodelación de edificios públicos para escuelas, bibliotecas o lugares destinados a albergar el aparato burocrático del sistema educativo a lo largo y ancho de la nación. Pero todo ello se truncó cuando debió exiliarse de nuevo en la década de los treinta. En 1940 regresó a México y fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. Y aquí comienza una fructífera etapa de su vida, dedicado en cuerpo y alma a mimar libros y lectores, además

En 1940 regresó a México y fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. Y aquí comienza una fructífera etapa de su vida, dedicado en cuerpo y alma a mimar libros y lectores, además de ejercer como profesor universitario, ensayista y narrador.

de ejercer como profesor universitario, ensayista y narrador. En la Biblioteca Nacional, Vasconcelos recogió los planes de reorganización de sus antecesores y se esforzó por mantener la labor de difusión de la institución. Uno de sus logros importantes fue el traslado a la exiglesia de San Pedro y San Pablo de los materiales de la Hemeroteca. El rector de la Universidad, licenciado Brito Boucher, acompañado de otras autoridades y periodistas, había visitado el antiguo edificio de San Agustín; las explicaciones de su director y las pésimas condiciones en que se encontraba el local y su valiosísimo material, convencieron a los visitantes de la necesidad de ese traslado. Vasconcelos luchó por conseguir un edificio especialmente construido para albergar la Biblioteca Nacional. No pudo ver cumplido su deseo. Se conserva todavía un anteproyecto para la construcción de la Biblioteca Nacional planeada por el mismo Vasconcelos. En enero de 1944 logró que las secretarías de Hacienda y de Educación Pública cedieran, por decreto, el edificio de la Ciudadela, para construir en él una Biblioteca Nacional que fue, en la realidad, la Biblioteca de México que Vasconcelos dirigió hasta su muerte y que, como hemos dicho, hoy lleva su nombre.

El 27 de noviembre de 1946 fue inaugurada la flamante biblioteca por el presidente de México, Ávila Camacho, y el secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet. En esa ceremonia, Vasconcelos fue nombrado oficialmente el primer director de la institución. A partir de ese momento, no solo trató de incrementar fondos y mejorar los servicios de “su” biblioteca, sino que ejerció un liderazgo nacional por lo que se refiere a la utilización popular de ese instrumento público. Proporcionó servicio escolar y préstamo de volúmenes de todo tipo, como los fondos conventuales del siglo XIX y los materiales donados por grandes bibliófilos y coleccionistas particulares.

El edificio de la Ciudadela es uno de los más relevantes de la arquitectura clásica mexicana. Conce-

bido en el siglo XVIII para albergar la Real Fábrica de Tabaco de la Nueva España, su construcción finalizó, después de varias interrupciones, en 1807. Poco más tarde fue confinado allí el revolucionario José María Morelos y Pavón, después de ser detenido en la sede de la Inquisición. En 1816, y en vista de lo que se avecinaba, el virrey Calleja instaló allí un Parque General de Artillería. El edificio estuvo casi siempre involucrado en actividades militares: fue depósito de armas y pólvora, almacén de parque general y municiones, taller de maestranza y armería, cuartel, policlínica, laboratorio y almacén de medicinas de sanidad militar. En 1931 fue declarado monumento histórico.

Durante el tiempo en que Vasconcelos fue director de la Biblioteca, pasaron por allí numerosos intelectuales e investigadores, como la doctora María Teresa Chávez Campomanes, pionera de la biblioteconomía en México y sucesora del escritor como directora en 1959, cargo que ocupó veinte años. Y ya en los años ochenta, el edificio fue remodelado completamente y distribuido en los diferentes patios para que funcionara como centro de cultura. Desde entonces proporciona talleres de lectura, de teatro, de cine-club, servicio para ciegos, débiles visuales y lectura al aire libre. Y todo ello fue posible gracias a la gestión de Vasconcelos, que consiguió el edificio, creó el concepto moderno de biblioteca y proyectó lo que hoy día es: un inmenso espacio de cultura y encuentro intelectual a todos los niveles, desde los más populares a los más exquisitos. Pero el humanismo del mexicano es de sobra conocido también por su producción literaria, monumental, casi inexplicable por su cantidad y calidad si tenemos en cuenta su profunda y certera dedicación a la política cultural y educativa. Entre sus obras hay novelas y textos autobiográficos como *Ulises criollo* (1935), *La tormenta* (1936), *El desastre* (1938), *El proconsulado* (1939) y *La flama* (1959); pensamiento político latinoamericano en *La raza cósmica* (1925) y *Cartas políticas* (1959); ensayos y tratados

Algunas de sus frases célebres son las siguientes: “La cultura engendra progreso y sin ella no cabe exigir de los pueblos ninguna conducta moral”; “Un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y se termina con melancolía”.

filosóficos como *La intelectualidad mexicana* (1916), *El monismo estético* (1919), *Pesimismo alegre* (1931), *Estética* (1936), *Ética* (1939), *Historia del pensamiento filosófico* (1937) y *Lógica orgánica*; y libros de crítica literaria como *Divagaciones literarias* (1919). A esta magnífica trayectoria hay que añadir el drama *Prometeo vencedor* (1916) y el libro de relatos *La sonata mágica* (1933).

Pero el legado del escritor no es mayor que el del bibliotecario. De hecho, hoy día, la institución que lleva su nombre puede ser considerada sin duda como la joya bibliográfica más valiosa de la nación, junto con la Biblioteca Nacional, cuya sede reside en las dependencias de la Universidad Autónoma Nacional de México. La diferencia entre las dos no es notable, a pesar de que la Nacional fue fundada oficialmente en el siglo XIX y ya tenía en ese momento todos los fondos de la antigua Real y Pontificia Universidad de México, del período virreinal. Si México es hoy en día, cada vez menos, un país de "parias", es decir, sin libros ni cultura, lo es gracias a figuras como Vasconcelos, que no solo sacudió los cimientos literarios del país con sus obras, sino que contribuyó como nadie a que las letras llegasen hasta los últimos rincones de la nación, desde el Palacio de Gobierno y el Palacio catedralicio, pasando por las aulas de universidades y escuelas, hasta las chozas de paja y las estampas de indígenas lavando la ropa en las orillas del río, en el poblado más apartado de la civilización. Algunas de sus frases célebres son las siguientes: "La cultura engendra progreso y sin ella no cabe exigir de los pueblos ninguna conducta moral"; "Un libro, como un viaje, se comienza con inquietud y se termina con melancolía"; "El arte es la única salvación de México"; "No se puede enseñar a leer sin dar qué leer". A través de ellas, corroboramos la pasión con que vivió este prócer de las letras mexicanas en su vertiente comprometida con la cultura, la educación y el progreso moral de su sociedad. ■

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

FOTOGRAFÍA: www.wikipedia.org

TÍTULO: José Vasconcelos: De la biblioteca al cielo.

RESUMEN: Se explica en este artículo los principales hitos biográficos del escritor y político mexicano José Vasconcelos (1881-1959) relacionados con las bibliotecas. Vasconcelos fue director de la Biblioteca Nacional e impulsor de la Biblioteca de México, que hoy lleva su nombre. Hasta el último momento de su vida luchó por el fomento de la cultura en todos los estratos sociales de México, y especialmente a través de las bibliotecas.

MATERIAS: Vasconcelos, José / Autores Literarios / Bibliotecarios.

Scopus es la mayor base de datos de resúmenes y citas de la literatura revisada por expertos y fuentes web de calidad con herramientas inteligentes para buscar, analizar y visualizar la investigación.

Enriquezca su experiencia Refine su investigación

- 15.000 publicaciones periódicas revisadas por expertos de más de 4.000 editores internacionales.
- Más de 1.000 publicaciones de libre acceso
- 500 actas de congreso
- Más de 125 series monográficas
- Más de 600 publicaciones comerciales
- 33 millones de registros, de los cuales:
 - 16 millones incluyen referencias que se remontan a 1996
 - 17 millones son anteriores a 1996, y se remontan a 1869

Scopus también abarca 386 millones de páginas web científicas, incluyendo 21 millones de patentes

Acceso de prueba disponible en:

www.scopus.com

refine your research
SCOPUS™